

violado toda (1)». Es decir, que violando un mandamiento de la Ley de Dios se violan todos en el concepto de que el alma se condena lo mismo por un pecado mortal que por muchos, sin más diferencia que á mayor número de pecados corresponde mayor intensidad en los tormentos.

¡Dios mío! ¡Cuán espantoso es este pensamiento! Si los hombres le lleváramos siempre en la memoria, ¿cómo era posible que ninguno fuera tan desventurado y tan enemigo de sí mismo que se atreviera á cometer ni un solo pecado mortal? Si se reflexionara que un sólo pecado grave mata al alma, extingue en ella la caridad, nos priva de todos los méritos adquiridos antes por nuestras buenas obras, y nos sepulta para siempre en el infierno, ¿quién en sano juicio sería osado á cometerle?

Pero aún no lo hemos dicho todo, porque cuando San Pablo nos dice en nuestra Epístola, que «andemos dignamente agradando á Dios en todas las cosas» (*Per omnia placentes*. Verso 10), denota que no basta en nosotros evitar los pecados mortales, sino que con toda solicitud y empeño hemos de alejar de nuestra alma aun los que llaman veniales, y también los defectos voluntarios aunque no entrañen pecado; porque todo esto desagrada al Señor, y el Apóstol nos encarga que le agrademos en todo.—(*Per omnia placentes*.)

¡Oh, si consideráramos bien la Epístola de este día! No desagrada á Dios únicamente el pecado mortal, sino también el venial, y le desagrada de tal manera que aun en esta vida suele castigarle con penas terribles, y en la otra castiga lo que llamamos culpas leves, con el fuego atormentador del Purgatorio, con aquel fuego tan ardiente y vivo, que en su comparación este nuestro de la tierra es como pintado; con aquel fuego, que, según graves doctores, no se diferencia del que atormenta á los condenados del infierno, sino en la duración, esto es, en que no dura eternamente. Desagrada tanto á Dios un solo pecado venial que á sus ojos es mayor mal que la destrucción de todo el universo, mayor que aniquilar la bienaventuranza de los Santos en el cielo, mayor que todo cuanto sufren los condenados en el infierno. Es decir, que nosotros jamás hemos de cometer á sabiendas un pecado venial aun cuando se nos dijera que con él podíamos evitar todos los males físicos del mundo, y salvar todas las almas, y cerrar para siempre los infiernos. A evitar, pues, cuanto sea posible, los pecados veniales, seencaminan

(1) Quicumque totam legem servaverit, offendet autem in uno, factus est omnium reus. (Jacobi, II, 10.)

las palabras citadas del Apóstol: «Agradando á Dios en todas las cosas.»—(*Per omnia placentes*.)

Más todavía, El alcance de dichas palabras es mayor; pues San Pablo con ellas nos amonesta, no sólo á que agrademos á Dios huyendo de todo género de pecado, sino *fructificando en toda especie de obras buenas*, que por eso añade á continuación: *In omni opere bono fructificantes*.

Tal es el grado de perfección á que el Doctor de las naciones quiere que estemos siempre aspirando, no haciendo nada malo y practicando lo bueno, no solamente en esta ó en la otra ocasión, sino siempre; y como esto no puede conseguirse de ordinario sin oración previa, por eso él no cesa de hacer oraciones al Señor, dándonos ejemplo y enseñándonos cuál ha de ser el objeto principal de nuestras oraciones.

En suma, el grande Apóstol nos exhorta en la Epístola de hoy y quiere que nosotros, con recta y pura intención, y llenos de ardientes deseos, solicitemos del Señor la gracia de hacer en todo y siempre su divina voluntad, evitando toda especie de pecados, graves y leves, y aun las faltas deliberadas que puedan desagradarle; aprovechando al mismo tiempo con gusto todas las ocasiones de practicar las virtudes, creciendo en ellas cuanto sea posible á nuestra flaca naturaleza, ayudada de su divina gracia; con la dulce confianza de que perseverando en ellas hasta el fin, hemos de conseguir la inmortal corona de la gloria. Amén (1).

HOMILIA 2.^a

Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

Sobre la perseverancia y acción de gracias á Dios.

AMADOS hermanos míos: Por fin hemos llegado, con la gracia de Dios, á la última Dominica del año eclesiástico, y juntamente al término de mis pobres explicaciones sobre las hermosas Epístolas de San Pablo. En lo que corresponde al día de

(1) Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. (Matth., X.)

hoy, se ostenta el grande Apóstol superior á todo encarecimiento. Escuchad sus propias palabras y guardadlas para siempre en vuestro corazón. Habla á los fieles de la populosa ciudad de *Colosas* y con ellos á todos nosotros. Dice así:

«*Hermanos míos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda sabiduría é inteligencia espiritual; á fin de que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios; y también le ruego que sedís revestidos de toda fortaleza, por el poder de su gloria, para que en todos los acontecimientos tengáis paciencia y longanimidad acompañadas de regocijo, dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual, por su sangre, hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Coloss., I, 9 al 14.)

¡Qué sublimidad de ideas, carísimos hermanos, expresa aquí el Apóstol! ¡Cuánto nos enseña si queremos aprender! Lo primero que nos muestra es su ternísima caridad para con sus semejantes, rogando por ellos, á fin de que le imitemos. (*Imitatores mei estote.*) Después nos determina lo que hemos de pedir á Dios para nuestros prójimos y para nosotros; y finalmente, nos recuerda los beneficios que hemos recibido por Cristo, para que demos al Señor continuas y fervorosas gracias.

Nada diremos de lo primero, pues sabemos que sin la oración y sin la caridad no es posible llevar vida cristiana, ni vida espiritual. Nos concretaremos, por tanto, á indicar:

- 1.º La perseverancia y demás virtudes que para nosotros pide San Pab'o.
- 2.º Los beneficios de Cristo y nuestra acción de gracias.

PUNTO 1.º

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Lo primero que interesa á todo cristiano para ser bueno, santo y perfecto y salvar su alma, es *conocer la voluntad de Dios*; pues si en el cumplimiento del divino querer estriba la eterna salud de todos los creyentes, ¿cómo es posible cumplirle sin conocerle? He aquí

por qué el glorioso San Pablo lo primero que pide á Dios en sus oraciones para los Colosenses es *que los llene del conocimiento de su voluntad*. (Verso 9.) *Que los llene*, amados míos, porque hay conocimientos á medias, conocimientos parciales, conocimientos superficiales, y es grande misericordia del señor *conocer plenamente* lo que quiere y exige de nosotros. Por eso el Apóstol, tan luego como abrió los ojos á la luz de la fe, lo primero que rogó á Dios fué le mostrara lo que quería de él.—«*Domine, quid me vis facere?*»

Y pide para los Colosenses, no sólo *conocimiento pleno* de la voluntad divina, sino *que sean llenos de toda sabiduría y de toda inteligencia espiritual*. Y esto es cabalmente lo segundo que nosotros hemos de pedir á Dios en nuestras oraciones, diciéndole: «*Señor, dignaos iluminar mis tinieblas... no nequéis vuestras luces á vuestro siervo* (1)... *Todo, Dios mío, lo considero pérdida, cuando lo comparo con el sublime conocimiento de Jesucristo* (2).» Es decir; de buena gana renuncio á toda ciencia que no me conduzca á Jesús, porque si bien deseo y procuro que mi entendimiento esté cultivado, quiero que sea con conocimiento sano que la Religión apruebe, no con talentos torcidos que me aparten de Jesús y que el mundo admire.—«*Señor, dadme á conocer mi fin y la senda recta por la cual camine* (3).»

Y todo esto, ¿para qué? Claramente lo dice el Apóstol á continuación: «*Para que andemos de una manera digna de Dios.*»—(*Ut ambuletis digne Deo.*) Esto es; para que andemos por el camino de la fe y que las obras correspondan al conocimiento. ¿Hemos conocido á Dios? ¿Sabemos cuál es su voluntad sobre nosotros?; pues obremos como siervos de Dios; mejor dicho, como hijos suyos y herederos de su gloria. Andemos de un modo *digno de Dios* nuestro Padre, adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle con todo nuestro corazón; hagamos todas las cosas por su amor; encaminémoslo todo á su gloria, no ahora y luego, sino siempre; y esto será, como añade el Apóstol, *agradarle en todo* (*In omni opere bono placentes*) y *crecer en la ciencia de Dios*. ¿Qué ciencia ni que sabiduría hay mayor que unirse con el entendimiento á Cristo, Hijo de Dios verdadero, luz de luz, y vida de nuestra vida? *El es luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, y El mismo ha dicho

(1) Domine illumina tenebras meas. (Psalm. XVII.)—Illumina faciem tuam super servum tuum. (Psal. CXVIII.)

(2) Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi. (Philip. III, 8.)

(3) Notum fac mihi, Domine, finem meum... Notam fac mihi viam in qua ambulem. (Psalm. XXXVIII, 5.)

que el que le sigue no andará en tinieblas. (*Qui sequitur me non ambulat in tenebris.*—Joann., VIII, 12.)

Ahora bien; grande cosa es conocer plenamente la voluntad de Dios; mayor estar además adornado de toda sabiduría é inteligencia espiritual; supera en mucho conformar nuestras obras con ese conocimiento y esa sabiduría, andando siempre de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas; pero ¿de qué serviría toda esta riqueza espiritual, si llegando el tiempo de la adversidad el alma desfallece y no persevera hasta el fin? ¡Ay! de nada absolutamente; y por esta razón el Apóstol, conociendo nuestra flaqueza, persiste en su oración á Dios, rogando *que crezca en todos los cristianos la ciencia del Señor, y que seamos llenos de fortaleza divina, para que en todos los acontecimientos tengamos paciencia y constancia acompañadas de regocijo.* (*In omni patientia et longanimitate cum gaudio.*—Verso 11.) Esto es; para resistir á todas las tentaciones y para llevar las penalidades de la vida, no solamente con resignación, sino aun con alegría cristiana, y con perseverancia hasta el fin.

«¿Por qué — pregunta un expositor sagrado — hace el Santo Apóstol tantas peticiones y con tan continuas instancias?—Es la causa—dice—porque está convencido de que en la virtud y en la ciencia de los santos el no adelantar es retroceder; es porque sabe que cuanto más avancemos en el humilde conocimiento de Dios, más avanzaremos también en su amor; es porque está vivamente penetrado de que la perseverancia corona todos los dones, de que sin ella todo está perdido y de que con ella todo se salva; es porque sabe cuán necesario es para perseverar tener una fortaleza invencible en medio de las tentaciones, un fondo de paciencia inagotable en medio de las contradicciones interiores, y una constante mansedumbre en medio de las persecuciones exteriores.» (*Thiebaut.*)

Pues bien, hermanos míos; imitemos al Apóstol, pidiendo á Dios para nosotros y para nuestros semejantes, que nos llene del conocimiento de su divina voluntad, que nos dé toda sabiduría é inteligencia espiritual, para vivir de una manera digna de El, que nos haga la merced de agradarle en todas las cosas, que fructifiquemos en todo género de buenas obras, creciendo de día en día en la ciencia de Dios, y que nos revista de toda fortaleza, para perseverar en el bien, sufriendo por su amor todo lo adverso que pueda acaecernos, no sólo con paciencia, sino también con espiritual regocijo.

Esta es la mente del grande Apóstol en la Epístola de este día;

esto es lo que trata de inculcarnos hoy la Iglesia, y esto es lo que nos interesa á nosotros poner en práctica, como medio seguro de obtener nuestra santidad en la tierra y nuestra corona en el cielo. Ahora sólo nos resta dar gracias á Dios por todos sus beneficios, en especial por los que enumera el mismo Apóstol en las palabras restantes de nuestra Epístola. Dice así:

PUNTO 2.º

SOBRE LA ACCIÓN DE GRACIAS Á DIOS

«Dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado en el cual por su sangre hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.» (Versos 12, 13 y 14.)

No es posible, amados míos, que el entedimiento humano pueda comprender la grandeza de estos beneficios, ni explicarlos como es debido, y mucho menos agradecerlos cuanto ellos merecen; sin embargo, conviene que los consideremos según nuestra rudeza, porque trae grandes provechos á nuestra alma, moviéndola sobre todo al amor y agradecimiento á Cristo nuestro Señor.

Tres son los inefables dones de Dios, que aquí enumera el Apóstol: Primero, *darnos la luz divina*; segundo, *librarnos de la potestad de las tinieblas*; tercero, *redimirnos con su sangre preciosísima*. Reflexionemos.

«Damos gracias á Dios — dice San Pablo — porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos.» (Verso 12.) ¿Qué luz es esta? No es posible dudarle; es *la fe de Jesucristo*, recibida en el Bautismo, por la cual, sin merecerlo nosotros y sólo por su gracia divina, hemos sido dignos de participar de la luz de los santos; es decir, de la luz de Dios y de su clara visión beatífica.

Esa luz es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, Verbo divino, que se cubrió de nuestra carne para que podamos concebirle, y verle con nuestros propios ojos en el cuerpo que tomó, y oírle con nuestros oídos y gozar de su divina presencia (1). «Es Jesucristo, luz ver-

(1) Vestivit se carne nostra, ut eum concipere, oculis cernere, auribus loquentem audire, et eo perfrui possemus. (S. Anselmo, in Monolog.)

dadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (1).» Es Jesucristo quien, para sacarnos de dudas, dijo de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida (2).» Es Jesucristo luz verdadera, increada, que ilumina todas las inteligencias cristianas, no sólo con su celestial doctrina, sino también con su gracia santificante, dándonos vida sobrenatural, vida para el cielo, vida divina.

¿Quién será, carísimos hermanos, capaz de sondear el beneficio inmenso que el Señor nos hace en el momento mismo de nuestra justificación? Oid, justos de la tierra, y llenos de regocijo. Puesto que estáis en gracia de Dios y el Señor os ha iluminado con su luz radiante, conoced en esto la alteza de vuestra dignidad y la grandeza de las misericordias divinas, á las cuales sois deudores de tan encumbrada elevación.

Vuestra mente se halla iluminada con los eternos y purísimos fulgores de la fe; vuestro espíritu goza del regocijo y de la tranquilidad que da una buena conciencia; vuestro corazón es dueño de sus deseos y apetitos desordenados, pudiendo, con la gracia de Dios, domeñarlos y contenerlos en los debidos límites; vuestra alma se encuentra robustecida y hermoçada con las gracias más preciosas del Señor, y con las más excelentes virtudes y dones del Espíritu Santo; en ella, en vuestra alma, se complace el mismo Dios; pues por la justificación ha sido hecha tabernáculo sagrado de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, y allí hacen su habitual morada. Sois hijos adoptivos del Padre, hermanos amados del Hijo, y templos del Espíritu Santo; sois miembros vivos del cuerpo místico de Jesucristo, vivís y respiráis de su mismo Espíritu, tenéis adquirido derecho á todos los bienes espirituales de dicho cuerpo, á su Sacrificio en cualquiera parte del mundo cristiano que se ofrezca, á sus Sacramentos, al tesoro de sus indulgencias, á sus sufragios, á todas las buenas obras de los fieles que le componen; y la Iglesia sacrosanta, que constituye este augusto cuerpo, nada gana ni pierde sin que vosotros entréis á la parte en sus ganancias y pérdidas. En una palabra, como dijo con enérgica frase el Príncipe de los Apóstoles, «sois hechos partícipes de la misma naturaleza divina». (*Divinae consortes naturae. II Petr., I, 4.*)

¡Qué dignidad! ¡Qué elevación! ¡Qué misericordia del Señor!

(1) *Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joann., I, 9.)

(2) *Ego sum lux mundi; qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae.* (Joann., VIII, 12.)

¿Cómo, pues, podremos nosotros agradecer debidamente tan asombrosos beneficios? ¡Oh, nuestro corazón es pequeño, nuestra flaqueza grande, nuestro olvido criminal y nuestra ingratitud frecuente!... Ved aquí por qué el grande Apóstol levanta su voz en este día y nos exhorta á todos al agradecimiento, diciendo: «No cesamos de orar, dando gracias á Dios Padre porque, iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los Santos.»

Y porque más resalte tan grandioso beneficio, añade á continuación el Apóstol: *El mismo Dios nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado.* (*Eripuit nos de potestate tenebrarum et transtulit in regnum Filii dilectionis suae.*—Verso 13.) Como si dijera: «Notad bien, cristianos, que no solamente el Señor se dignó daros parte en la herencia del cielo, sino que antes os sacó de la potestad del demonio, príncipe de las tinieblas, y os colocó en su santa Iglesia, que es el reino de su Hijo amadísimo Jesucristo.

Es decir, que antes eramos hijos de tinieblas y ahora somos hijos de la luz; antes hijos del diablo, ahora hijos de Dios; antes hijos de ira, ahora hijos de amor; antes esclavos del demonio, ahora libres de sus cadenas; antes muertos en el alma, ahora vivos por la gracia; antes enemigos del Señor, ahora amigos suyos amadísimos—antes sin derechos para el cielo, ahora herederos de él; antes alejados de Dios, ahora íntimamente unidos á Él; antes dignos de oprobio y confusión, ahora dignos de honor y de gloria; en una palabra, antes eternamente infelices, ahora eternamente bienaventurados. ¡Qué beneficio! ¿Quién será capaz de agradecerle como es debido?

¡Considéralo bien, cristiano, y avergüénzate de no ser bastante agradecido á Dios nuestro Señor! ¡Tú, naciendo esclavo, fuiste llamado al reino; al reino del Verbo divino, al reino del Hijo de Dios, para que goces juntamente con Jesucristo de honor y gozo eterno! ¿Dónde está el juicio de los hombres cuando esto no consideran? ¿Dónde su corazón cuando se embriagan con el amor de las criaturas, olvidándose ó siendo tibios en el amor y agradecimiento al Criador? ¿Y qué diremos de aquellos que, en vez de ser agradecidos al Señor por tan inmensos beneficios, le pagan con desaires, con ofensas y tal vez con aborrecimiento?

Hermanos míos amadísimos; á todos ellos, y á nosotros y á todas las generaciones por venir habla hoy el Apóstol en nuestra Epístola, diciendo: «Acordaos, oh hombres, de que por la sangre preciosa de Jesucristo habéis sido redimidos y perdonados de todos vues-

tros crímenes.» (*Habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.*—Verso 14.)

¡Oh! ¡Nuevo beneficio! ¡nuevo asombro! ¡nuevo motivo de agradecimiento! Hemos sido sacados de las tinieblas y de la potestad del demonio, no con oro ni plata, no con diamantes y piedras preciosas, sino ¡con la sangre divina de nuestro Señor Jesucristo! ¡Con la sangre de Dios hecho hombre por nuestro amor! ¡Sangre preciosísima de Jesús, bendita seas!

No es, pues, extraño, que el Apóstol de las gentes levante su voz de fuego en este día y diga á todos los hombres del universo: «No cesamos de rogar á Dios por vosotros... á fin de que andéis de una manera digna del Señor agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios... Tampoco cesamos de dar gracias á Dios Padre, porque iluminándoos con su luz os ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y os libró de la potestad de las tinieblas, y os trasladó al reino de su Hijo Jesucristo, por cuya sangre hemos sido redimidos y absueltos de todos nuestros pecados.»

Así terminó el Apóstol, carísimos hermanos; así termina la Epístola de este día, así termina la Iglesia nuestra Madre en las Dominicas del año eclesiástico, y así quiero también terminar yo, manifestándoos que quien de este modo pensare y obrare, tendrá paz cumplida en este mundo y después corona eterna de gloria en el otro. Dios sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO

Todo lo someto al juicio infalible de la Santa Iglesia Católica.
Madrid, festividad del Patrocinio de la Bienaventurada Virgen María, 12 de Noviembre de 1899.

SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ.

INDICE

Fiesta de la Ascensión del Señor.

HOMILIA 1.^a

Tema: *La divinidad de Jesucristo, mostrada*

	Páginas.
PUNTOS... { 1. ^o Por su ejemplo.....	6
{ 2. ^o Por sus milagros.....	7
{ 3. ^o Por sus profecías.....	9

Fiesta de la Ascensión del Señor.

HOMILIA 2.^a

Tema: *Sobre los efectos de la Ascensión.*

PUNTOS... { 1. ^o Cómo se reanima nuestra esperanza.....	12
{ 2. ^o Cómo se acrecienta nuestra caridad.....	14

Domingo VI después de Pascua.

HOMILIA 1.^a

Tema: *Reglas para vivir santamente.*

PUNTOS... { 1. ^o Necesidad de la prudencia.....	17
{ 2. ^o Necesidad de la vigilancia.....	20
{ 3. ^o Necesidad de la caridad.....	21

Domingo VI después de Pascua

HOMILIA 2.^a

Tema: *El siervo bueno del Evangelio.*

PUNTOS... { 1. ^o Necesidad de ser fieles á las gracias de Dios.....	24
{ 2. ^o El abuso de dichas gracias.....	26